



Prólogo

Tarea de traducir

Filosofía en la sociedad

Sociedad, las clases

Sociología

Sociólogos y economistas

Breves apuntes críticos

Estudios políticos

La soberanía

El porvenir

Guerra y técnica



NICOLÁS RAMIRO RICO

EL ANIMAL LADINO

Y OTROS ESTUDIOS POLÍTICOS

PRENSAS DE LA UNIVERSIDAD DE ZARAGOZA

El animal ladino y otros estudios políticos

NICOLÁS RAMIRO RICO

El animal ladino y otros estudios políticos

PRENSAS DE LA UNIVERSIDAD DE ZARAGOZA

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

- © María del Pilar Palá Gasós
- © De la presente edición, Prensas de la Universidad de Zaragoza
(Vicerrectorado de Cultura y Proyección Social)
1.ª edición, 2024

La edición de este libro ha sido financiada por el grupo de investigación GENUS H30_R23 del Gobierno de Aragón.

Prensas de la Universidad de Zaragoza. Edificio de Ciencias Geológicas, c/ Pedro Cerbuna, 12
50009 Zaragoza, España. Tel.: 976 761 330
puz@unizar.es <http://puz.unizar.es>



Esta editorial es miembro de la UNE, lo que garantiza la difusión y comercialización de sus publicaciones a nivel nacional e internacional.

ISBN 978-84-1540-795-7

Impreso en España

Imprime: Servicio de Publicaciones. Universidad de Zaragoza

D.L.: Z 2140-2024

NOTA A LA SEGUNDA EDICIÓN

Nicolás Ramiro Rico fue quizá el mayor pensador que ha tenido la Universidad de Zaragoza en sus cinco siglos de historia. Sin embargo, su legado está siendo olvidado. Esta nueva edición responde a un intento por recuperar su pensamiento. No solo no tuvo suerte Ramiro Rico al haber nacido en un tiempo poco propicio para el reto intelectual que asumió. Tampoco encontró un momento propicio la publicación, ya póstuma, de la primera edición de este libro.

El presente volumen recoge, junto al libro El animal ladino y otros estudios políticos, de Nicolás Ramiro Rico, publicado en 1980 por Alianza Editorial, la biografía del autor, escrita por su discípulo Ricardo Chueca Rodríguez, y una aproximación a su pensamiento, de Luis Beltrán Almería.

Prensas de la Universidad de Zaragoza desea hacer constar su agradecimiento a María Pilar Palá, viuda de Ramiro Rico, por las facilidades que ha dado para la publicación del libro, y a Carmen Murillo y Rosario Díez del Corral por permitir la reproducción del prólogo a la primera edición a cargo de sus padres, Francisco Murillo y Luis Díez del Corral.

Asimismo, agradece a la Revista de Derecho Constitucional Europeo y a su director, Francisco Balaguer Callejón, la autorización para incorporar el artículo de Ricardo Chueca Rodríguez, aparecido en dicha revista.

Zaragoza, septiembre de 2024

PRÓLOGO

La muerte de Nicolás Ramiro, inesperada precisamente porque su salud fue precaria siempre, originó una manera especial de orfandad entre los amigos y discípulos que rodeaban su cuerpo yacente en una tarde de abril de 1977. Había llenado un hueco en la vida de cada uno, el del comentario de lo permanente y de lo pasajero al hilo de los días, y el vacío personal comenzó a sentirse con su ausencia. La relación con los discípulos era muy peculiar, porque ellos mediaban con el interés personal por sus achaques la relación académica o científica. Al tiempo que sus amigos añadían al sentir de su pérdida la irremediable oquedad intelectual.

Había sido la suya una «muerte limpia», como él deseaba, sin preámbulos ni avisos inmediatos, y por eso nos encontrábamos más absortos ante aquel despojo, que, visto con mirada ingenua, no parecía serlo, pues la vida no había dejado más huella de su huida que el abandono súbito de su función animadora. La línea de separación entre la vida y la muerte resultaba, de esta suerte, más tajante y más tenue. Presencia y ausencia se oponían y se compenetraban como en los *Sonetos a Orfeo*, de Rilke. Y al dolor se sobreponía la esperanza de una compañía deficiente pero prolongada y fecunda, que sigue latiendo en estas líneas y en este libro, primero y único del amigo desaparecido.

Ágrafo no es simplemente el que no escribe, para publicar, se entiende. Porque en tal caso el mundo estaría lleno de ágrafos, sino quien no escribe

cuando por alguna razón se esperaba que lo hiciese. La razón puede ser institucional, como en el caso de los profesores norteamericanos con su uso de publicar o perecer. Pero hay una situación más noble; la del que no escribe, siendo así que por alguna manera oral desborda ideas que se estiman merecedoras de la imprenta.

Naturalmente, por definición, no hay una historia de los ágrafos (aparte los fundadores de religiones y Sócrates), porque el recuerdo oral se evapora antes aún que el escrito. No es este tampoco el lugar para intentar hacer aquella historia.

Lo que sí nos parece claro es que Nicolás Ramiro fue un granógrafo, por talante personal y seguramente por la circunstancia de su vida. Tuvo un vivísimo sentido de la honradez intelectual en un mundo académico lleno de mixtificaciones y apariencias. En este, a veces, resultaba más importante simular lo que no se sabía que saberlo de veras. La pasividad de los auditorios y su escasa reacción crítica lo permitían. Por su parte, ejerció la más severa autocritica en un ambiente que a menudo era de frivolidad satisfecha. Asimismo, debió de influir en cierta medida su estilo, que en parte fue consecuencia de aquellos supuestos: era la suya, como advertirá el lector, una prosa trabajada, de artesanía, pulida, muy a remolque del pensamiento y no al contrario. Por todo ello, lenta, repensada, precisa.

* * *

En el primer ejercicio de sus oposiciones a cátedras de Derecho Político, decía Ramiro del teórico en general, visto desde su propia vocación, y llevado por su amor a la filología: «Porque el teórico es siempre un aprendiz. Los estoicos nos designaban con un verbal de mucha fuerza: nos llamaban los *prokoptontes*, que, en su acepción superficial, quiere decir ‘los que van en ruta’, avanzan o progresan. La entraña de la palabra es otra. El verbo *prokopto* significa ‘adelgazar o estirar una plancha o placa de metal a golpes de martillo’. ¡Una muy bella metáfora para aplicar a los que, a fuerza de martillazos sobre sí mismos, labran su camino hacia la verdad, sabiendo ya que esta no se entrega ni al lúgubre ni al frívolo, sino al que ha conseguido ver que “el arte de la vida más semeja a la lucha que a la danza”» (Marco Aurelio, *Pensamientos*, VII, 61).

¡Cuántos martillazos dio sobre sí misma la mente de Nicolás Ramiro, no solo cuando se ponía a realizar una seria investigación, sino en el curso

del mismo diálogo amistoso y cotidiano. De pronto contenía la palabra y la respiración, se concentraba en sí mismo, un secreto mecanismo intelectual se ponía en marcha, y tras unos instantes de balbuceo brotaba la frase bien labrada, certera, a propósito para la ocasión, con un dejo frecuente de ironía y un sello siempre personal.

Los que escucharon los cursos de Nicolás Ramiro o le oyeron conversar en la intimidad acaso encuentren superior lo que decía a lo que ha dejado escrito. El ágrafo acaba trasladando a la palabra hablada sus potencialidades no actualizadas de escritor, dando a su pensamiento una riqueza de contenido y una precisión formal que son características del lenguaje plasmado en el papel, pero cuando lo vierte en este carece de la fluidez propia del acostumbrado a manejar la pluma dirigiéndose al público. Su premiosidad da la impresión de que lo que redacta tiene más que ver con una cesárea tras largo embarazo que con la función normal del parto literario. Pero cuántas veces en los escritores profesionalizados de nuestros días, que escriben con la facilidad del gusano que destila la seda, advertimos una trivialización de las ideas expuestas, tan lejana de la difícil calidad, producto de una tensa lucha con la expresión, que encontramos en cada una de las líneas de los escritos recogidos en este libro.

El flujo de las ideas que salían de los labios de Ramiro era abundante hasta el momento mismo de su desaparición. Ideas que volcaba generosamente en sus discípulos y amigos, con un efecto de magisterio que su modestia hacía más penetrante. Antiguos alumnos y amigos, venidos a veces de muy lejos, le rendían visita a modo de peregrinación en el Colegio Mayor Cardenal Cerbuna, donde habitaba cuando era catedrático de la Universidad de Zaragoza.

Nuestro rígido sistema académico fue incapaz de encajar sus excepcionales dotes didácticas, obligándole a la tarea subalterna de vulgarizar saberes elementales entre alumnos de primero y segundo curso, en lugar de aprovechar sus talentos en niveles superiores y menos masificados. No hubo, y sigue sin haber, huecos para ciertos casos, los más valiosos, con lo que el sistema académico pierde posibilidades de enriquecimiento.

Las dotes del autor de los estudios que se prologan fueron no solo no deliberadas, sino incluso voluntariamente rehuidas. Hallaban ámbito en la conversación corriente y no engolada, en que el oyente cobraba conciencia

de ellas por el contenido de lo que oía decir, pero en ningún caso por la forma en que se decía. Tenía siempre las cartas sobre la mesa, sin caer en el uso muy frecuente entre profesores, incluso algunos de gran renombre, de borrar las huellas, ocultando las fuentes. La picaresca estudiantil se apunta a veces un tanto al descubrir el libro raro y escaso que sirve al profesor de fuente, celosamente ocultada.

* * *

Su formación intelectual —o simplemente humana, porque no era fácil distinguirlas a veces— tenía un fondo clásico, griego y latino, poco corriente, y un primer plano alemán como era sólito en su generación. Anduvo becado en Berlín de 1931 a 1933, lo que, si por un lado le alejó geográficamente del primer periodo de la Segunda República española, por otro le permitió vivir con especial clarividencia el proceso de ascensión nazi en Alemania.

Pero, al madurar, le atrajo sobre todo lo británico. En realidad, fue un europeo de Montefrío, o de Granada si se quiere, pero con sus *grass-roots* afianzadas junto a unos pilares europeos de la mejor especie y continuamente puestos al día. Siempre fue consciente, sin embargo, de la marca de granadino que llevaba por su nacimiento y por su educación. Granada es la ciudad española que más profesores universitarios ha producido en los últimos tiempos, y los ha producido con un estilo muy peculiar, que conlleva —pensaba nuestro autor— grandezas y servidumbres. «Tantas y tan singulares calidades portentosas del escondido espectáculo natural —decía en el citado primer ejercicio de sus oposiciones— no dejan de sellar con indeleble huella a quienes tienen la ventura desventurada, la feliz culpa, de ser granadinos». En Granada impera —continuaba diciendo— una Musa que no figuraba en el Parnaso ático: «es la cruel Musa de la autocrítica. Es la Musa que siempre hiere, que nunca levanta y que muchas veces frustra. Pero es la Musa de la autenticidad despiadada... Es la Musa del intelecto, del honor intelectual y de la probidad sin granjería. Pero es también la Musa de la cavilación; la fiera Musa que aniquila. Es la caviladora que, si queréis ser oradores, os hará balbucear, y si escritores, la obsesión de perfección que tanto caviláis os secará el cerebro». Esta declaración despiadada, en que la confesión personal se esconde o apuntala en una caracterización geográfica, ahorra muchos comentarios.

Su vocación frustrada de filólogo se expresaba en una cuasi manía por los diccionarios, que coleccionó de todos los tipos y especialidades. Fue un filólogo áfono como fue un pensador ágrafo. Conservó toda su vida, sin dejarse influir, su mejor y pronunciadísimo acento nativo. Pero, al tiempo, percibía los matices del alemán e inglés escritos con más agudeza que muchos indígenas. Su afición por los hechos y dichos del Doctor Samuel Johnson y por los *Papeles del Club Pickwick*, por ejemplo, era bien expresiva al respecto. Así como la asidua lectura de novelas policíacas en su versión original. Le interesaba la cultura anglosajona como una cosa viva y general, no reducida a los libros clásicos de su especialidad. El *Literary Supplement*, del *Times*, o la *New York Review*, podían tener para él acaso más importancia que el *Journal of Politics* o el *British Journal of Sociology*. E igual podía ocurrirle con *Der Spiegel* o el *Roda Roda Buch*, llegado el caso.

Nicolás Ramiro era un catador de curiosidades de toda suerte, especialmente literarias e históricas, sin incurrir en ninguno de los dos peligros opuestos, el diletantismo o la pedantería. Mantuvo siempre despierta una ávida curiosidad, selectiva y reposada. Le placía analizar las menudas cosas cotidianas: un lapicero, un vino o el nuevo modelo de cualquier artefacto. Y buscaba la explicación racional, hallando a menudo sorprendentes relaciones que los propios técnicos ignoraban.

* * *

En los trabajos de Nicolás Ramiro se advertirá una información muy puesta al día, pero ningún afán por situarse sobre la última línea de bibliografía a la moda. El progreso del conocimiento en las ciencias humanas no consiste en el despliegue consecuente de unas olas, cada una montada rigurosamente sobre la anterior, como viene a ocurrir en las ciencias naturales; el avance en ellas puede ser irregular y estar movido por impulsos que vienen de muy atrás. En el estudio más largo del libro, tan moderno en su planteamiento, sorprende el trato continuo con los grandes pensadores clásicos, presentados casi siempre de manera nueva e inédita, no de manera tópica; es decir, clásica en el sentido estereotipado del término. Los nombres de Aristóteles, Hobbes, Marx y Max Weber aparecen y reaparecen una y otra vez a lo largo de las páginas en un diálogo vivo. A veces la selección parece reiterativa y aun en exceso excluyente de otras figuras dignas de venir a cuento, aunque resulta justificada por el desarrollo del

propio pensamiento del autor, que funciona guiado por un fino sentido de las afinidades electivas.

El conocimiento que nuestro autor tenía de Aristóteles y de Marx era profundo y de primera mano. Nunca resulta escolástica la utilización que hace del Estagirita; siempre lo toma por el lado más concreto, alerta y estimulante de su pensamiento, cuya actualidad acaba de ser puesta de relieve con motivo del 2300 aniversario de su muerte por los más diversos especialistas, desde el campo de la lógica formal hasta la poética como teoría de la acción, sin pasar por alto las ciencias políticas. Marx, excepcionalmente en su tiempo, acertó a sacar provecho de Aristóteles. Resulta sorprendente que a un pensador tan aristotélico, en el fondo, como Tocqueville, nada le dijera la lectura de Aristóteles, mientras que a Marx le sucediera todo lo contrario, pese a que se les suele considerar tan distanciados. Nicolás Ramiro, sobre la base de un sólido conocimiento de ambos, señala repetidamente en *El animal ladino* su dependencia: «Marx, respetuoso lector de Aristóteles, donde siempre supo hallar estímulos...»; «insólito Marx, críticamente emparedado entre un griego, Aristóteles, y un inglés, Thomas Hobbes». Juicios avalados por una lectura continuada y reflexiva del pensador de Tréveris, que hace del autor prologado un «marxiano» verdaderamente excepcional en nuestro país.

Cabría, en efecto, tildar al autor de crudo «materialismo» en su manera de presentar el origen y el desarrollo primero del animal ladino. El juego de vocabulario en que parece divertirse, un tanto amarga y celtibéricamente, entre el pensar y el pienso como alimento, resulta a veces chocante. Pero cuán actuales, más cada día, para una gran parte de la humanidad sus consideraciones sobre el hambre. Y ¡qué actual también, y consolador al fin, su manera de desmontar la imagen del lobo hobbesiano, aplicando análisis respaldados por lecturas de Konrad Lorenz, que eran favoritas de Ramiro mucho antes de que se le concediese el Premio Nobel!

Largo y sublimador camino se abría ante el animal ladino. Siguiendo el hilo de las reflexiones sobre la evolución correlativa de sus manos y su vista, uno no puede menos de acabar recordando esos retratos de Rembrandt donde en medio de las tinieblas ocre la mirada de unos ojos ocultos en sus órbitas, sin objeto ni espacio, puro brote de una absorta personalidad, y las manos no prensiles medio escondidas en las pesadas mangas, con gesto vago pero intensísimo, como si se derramasen a través de sus cortos

dedos efluvios de una inútil expresividad, lo son todo. El mismo estilo de la prosa lleva al lector desde el plano elemental de la antropología a las alturas del arte más expresivo de la dignidad humana: una prosa apretada, intencionada, rutilante de significado, sobre las huellas de Pascal y de Gracián.

* * *

Un problema que le preocupó toda su vida fue el de la traducción. Sobre él deja centenares y centenares de citas, con datos e ideas, en el archivo, el prodigioso archivo de un ágrafo laborioso, y que, desgraciadamente, por serlo de verdad, no resulta utilizable al ignorarse las claves para descifrar su infinidad de referencias.

Traducir no es, no puede ser nunca, una simple transliteración. No lo es ni en las máquinas de traducir que comienzan a asomarse a los escaparates. No lo es ni siquiera en los vocabularios para aprender un idioma en diez días. Como aquel léxico de urgencia para ingleses adinerados que viajasen a comienzos del siglo por el imperio zarista, en el que se incluía como frase usual la siguiente: «¡Cielos! ¡Un rayo acaba de matar al postillón!». Existe siempre la referencia a una situación de tiempo y espacio, alojada en un universo cultural muy determinado y específico, que nunca coincide exactamente con la que hay al otro lado del confín, en las palabras de la otra lengua. Los entendidos en comunicación sostienen hoy que existe como un descifrado, una «decodificación», incluso entre dos comunicantes en la misma lengua. Puede pensarse en qué medida ocurrirá esto cuando se trate de lenguas distintas. Existe siempre en la tarea un margen de creación, que puede ser lamentablemente realizado, pero que resulta insoslayable.

Esa recreación, tanto en el campo literario como en el científico, era la que preocupaba profundamente a Nicolás Ramiro. Sus desvelos por el lenguaje —en lo que se adelantó a muchas tendencias modernas y de lo que da buenas muestras en *El animal ladino*— le llevaban a obsesionarse casi con el trasvase de las lenguas. De estos desvelos y de su talento recreador dio pruebas en la asombrosa traducción que realizó del libro de Geoffrey Barraclough *History in a Changing World*, que editó la Revista de Occidente y que se agotó hace mucho tiempo. La riqueza del vocabulario castellano utilizado, que carecía de la insipidez y pseudoneutralidad presuntas de muchas versiones de profesionales, no le hacía perder a la obra, sin embargo, su inserción radical en el discurso británico de origen. Lo que solo se pudo con-

seguir con excepcional maestría y cuidado. Sostuvo siempre la defensa del valor sustantivo de la traducción en el mundo intelectual, frente a su consideración como tarea subalterna que predominaba y sigue predominando en nuestro mundo, y aun en el foráneo hasta una reciente resurrección del tema. Tuvo siempre presente lo que fue el mundo políglota (con lenguas distintas de la de cuna) en los humanistas del Renacimiento y en los autores de la Ilustración.

* * *

Catedrático de Derecho Político en el ambiente público enrarecido de la época de Franco, su formación liberal y escéptica de oficio, en cuanto buen intelectual, tuvo que expresarse en la España de las últimas décadas. Sin radicalismos, que no le iban, y sin demagogia, que le repugnaba, aplicaba su fino sentido crítico a los temas de la política cotidiana como a los fundamentales de la ciencia política. Hacía uso de su rara facilidad para traer los principios al acontecer diario, y a la inversa, subir desde este a aquellos, mostrando el modo armónico e integrado de su saber.

Su actitud crítica frente a la circunstancia política que le tocó vivir tuvo siempre solo un camino, al margen de todo partidismo o apasionamiento: la lucidez y la clarividencia. Con ellas debilaba, a derecha e izquierda, las torpezas y contradicciones, para las que poseía especial sensibilidad.

El logro de un intelectual no vendido no puede evaluarse por su éxito público y menos por el político. Lo mejor que puede decirse de Ramiro en este aspecto es que en cualquier sistema que hubiese vivido habría tenido igual talante y la misma rectitud mental, porque esta, aunque anclada en la realidad, estaba por encima de bandazos y modas. Solo tal vez un régimen de totalitarismo negro y dogmático le hubiera llevado a la actividad intelectual clandestina y al *samizdat* de su influencia. Contó mucho para ello su absoluta carencia de ambición. Y, por tanto, nunca pudo pasarle por la cabeza utilizar su situación universitaria, sus dotes personales y las relaciones que estas le hubiesen deparado para algo distinto de la relación intelectual o personal estrictas. Otra cosa le hubiera repugnado a su condición invariable de hombre de bien y de intelectual no corrompido.

* * *

Los trabajos recogidos en este volumen son en parte inéditos y en parte publicados. Pese a las distancias cronológicas de su redacción puede

observarse en ellos la congruencia derivada de la sólida personalidad del autor. También es notorio y significativo el hecho de que, teniendo algunos antigüedad superior al cuarto de siglo, treinta años en ciertos casos, no quedaron marginados, sino que continúan teniendo plena validez en sus planteamientos, e incluso casi valor profético para su época.

Así, el trabajo sobre la soberanía (que fue el tercer ejercicio de su oposición a cátedra) se tradujo al alemán sin conocimiento de su autor, que solo lo supo bastante después por un amigo que le proporcionó una fotocopia. De este trabajo, de su planteamiento agudo, preciso y profundo, hemos venido libando todos, incluidos los internacionalistas, más o menos deliberada y confesadamente. De haber querido —y se lo instamos con frecuencia—, podría haber explicado con los planteamientos de tres décadas atrás la situación actual del Estado presuntamente soberano, asediado hoy desde tantas perspectivas; el maltrecho Estado de nuestros días.

El último trabajo publicado, que tituló: *Breves apuntes críticos para un futuro programa, moderadamente heterodoxo, del Derecho Político y de su muy azorante enseñanza*, fue llamado por su autor, familiar y castizamente, «el delantal», en el sentido coloquial de algo que hay que llevar por delante para protegerse de previsibles salpicaduras. Su tesis era que no cabía hablar durante años y años en España del Estado y de la política como si nada hubiese pasado, como en cualquier otro país de Europa. La guerra civil constituía un horizonte último y necesario, sin la referencia al cual resultaba incomprensible todo lo demás. Los hechos vinieron a darle la razón, y cuarenta años largos después de la guerra esta sigue siendo el motor inmóvil que anda detrás de todos los supuestos de la transición política española.

Entre lo inédito destaca *El animal ladino*, el trabajo que tenía en el taller cuando murió. Significa el intento de reconducir el saber político a una antropología básica, que explica bastante más que el comportamiento político. Las grandes cuestiones radicales, el genetismo y el ambientalismo, la evolución cultural y la naturaleza del hombre, los condicionamientos del pensar humano, la función del trabajo y la objetivación del espíritu, todas ellas las irá encontrando el lector arropadas en un lenguaje denso y preñado, que no es solo instrumento expresivo, sino materia de reflexión continua en sí mismo. Se ofrece en este volumen la última de las redacciones que dejó, que para él quizás no fuera la definitiva. Se ha procurado encajar las notas, a veces tan ricas como el texto, que no ofrecieron dudas respecto

a su ubicación correcta. La extensión del saber y la finura de espíritu relucen por sí mismas en las apretadas páginas de este ensayo, en el que se transita con frecuencia y especial agudeza al metalenguaje del filólogo.

Antes de concluir y en nombre de todos los amigos y discípulos de Nicolás Ramiro, debemos agradecer la inestimable ayuda prestada por Carlos Alba y José Luis García de la Serrana en la revisión de los originales y la localización de las citas. En cuanto a la colaboración de María Pilar Palá, fiel guardiana de los recuerdos, libros y escritos de su marido, no hay palabras suficientes para enaltecerla. Que conste la gratitud profunda que todos sentimos por su devoción a la memoria del entrañable y admirado amigo.

Francisco MURILLO
Luis Díez DEL CORRAL

ÍNDICE

Nota a la segunda edición	7
Prólogo. <i>Francisco Murillo y Luis Díez del Corral</i>	9
Primera parte: El animal ladino (Ensayo de antropología política imaginativa)	19
Segunda parte: Estudios políticos varios	107
Breves apuntes críticos para un futuro programa moderadamente heterodoxo del «derecho político» y de su muy azorante enseñanza	109
La soberanía	125
El porvenir de los derechos individuales	143
Guerra y técnica	171
Sociología, sociólogos y economistas	185
La sociedad, las clases y la clase proletaria	201
La filosofía en la sociedad	213
La tarea de traducir	231
Anexos	243
Nicolás Ramiro Rico: «el maestro recatado». <i>Ricardo Chueca Rodríguez</i>	245
1. Hacia el Derecho Político	252
2. Doctorado	256
3. La trayectoria hacia la cátedra	258
4. Algo se mueve... ..	268
5. Un maestro gaseoso.....	271
La filosofía de la risa de Nicolás Ramiro Rico. <i>Luis Beltrán Almería</i>	273

*Este libro se terminó de imprimir
en los talleres del Servicio de Publicaciones
de la Universidad de Zaragoza
en diciembre de 2024*





El animal ladino, obra en la que Nicolás Ramiro Rico continuaba trabajando en el momento de su fallecimiento (abril de 1977), propone reconducir el saber político a una antropología básica. El genetismo y el ambientalismo, la evolución cultural y la naturaleza del hombre, los condicionamientos del pensar humano, la función del trabajo y la objetivación del espíritu constituyen algunas de las cuestiones discutidas en esas páginas. Los *Estudios políticos varios* que completan el volumen cubren un amplio espectro: el derecho político como teoría del conflicto, la soberanía, el porvenir de los derechos individuales, la guerra y la técnica, la sociología, los sociólogos y los economistas, la sociedad, las clases y la clase proletaria, la filosofía en la sociedad, la tarea de traducir, etc. Esta edición, segunda de la obra, recoge la biografía de Ramiro Rico, a cargo de su discípulo Ricardo Chueca Rodríguez, y una aproximación a su pensamiento de Luis Beltrán Almería.



NICOLÁS RAMIRO RICO

fue profesor de Derecho Político en el ámbito público enrarecido de la época de Franco y aplicó su fino sentido crítico tanto a los temas de la política cotidiana como a las cuestiones fundamentales de la ciencia política. «Los que escucharon los cursos de Nicolás Ramiro —rememoran Francisco Murillo y Luis Díez del Corral en el prólogo a este volumen— o le oyeron conversar en la intimidad acaso encuentren superior lo que decía a lo que ha dejado escrito». Entendiendo por ágrafo a quien no escribe cuando existen expectativas razonables de que lo haga, «Nicolás Ramiro fue un gran ágrafo, por talante personal y seguramente por la circunstancia de su vida». Pero, en cualquier caso, esta recopilación muestra que, en sí mismos, sus escritos poseían una calidad de estilo, una precisión de conceptos y una riqueza de pensamiento excepcionales.